

El Artigas de Maggi.

Gustavo Toledo

*“Ninguno de sus actos teatrales repite la realidad histórica,
al revés: la irrita”.*

Carlos Maggi, “Frutos” (1985).

Carlos Maggi fue una de las figuras más provocadoras y prolíficas de su generación, la llamada *generación del 45*, a la que agujoneó desde dentro (a veces con sutileza, otras a martillazos), al igual que lo hizo con la sociedad uruguaya a lo largo de más de siete décadas de incansable labor creativa, en las que, como a Terencio, nada de lo humano le fue ajeno. Además de ejercer la abogacía y asesorar primero al Banco de la República y luego al Banco Central del Uruguay, incursionó en el periodismo, escribió cuentos, obras de teatro, libretos radiales, ensayos históricos, políticos y económicos, sátiras, novelas y hasta una ópera, sin olvidar que libretó y dirigió una película (*“La línea amarilla”*) premiada en el exterior. Dueño de un estilo propio, heterodoxo y descontracturado, este *hombre-orquesta* combinó, al decir de Mario Benedetti, *“humor y gravedad, brochazos gruesos y trazos finos, tango y metafísica, vanguardia y tradición, legado ajeno e invención propia”*¹, alcanzando una temprana y prolongada popularidad, que apuntaló con un modo de ser afable y cercano hasta sus últimos días. Su interés por la figura y trayectoria de José Artigas, así como por las circunstancias que lo rodearon, lo acompañó a través de su vasto recorrido intelectual y vital, desde aquella primera incursión junto a su amigo y concuñado Maneco Flores Mora en *“José Artigas. Primer estadista de la revolución”*, allá por 1942, cuando era apenas un veinteañero, hasta la última en *“El libro de Artigas”*, de 2014, ya nonagenario. A lo largo de ese tiempo delineó una visión propia de Artigas y el Artiguismo, no exenta de cuestionamientos y debates, que, en buena medida, y a fuerza de perseverancia, terminó incorporando a nuestro imaginario colectivo. Fiel a sí mismo, pensó y ayudó a pensar el *Uruguay y su gente* desde la historia. O, lo que es lo mismo, como el *Frutos* de su obra teatral, la *irritó*.

Carlos y Maneco.

Carlos Alberto Maggi Cleffi nació en Montevideo, el 5 de agosto de 1922, siendo el menor de los tres hijos de la pareja formada por Alberto Maggi y

¹ Benedetti, Mario: *“Carlos Maggi y su meridiano de vida”*, en *“La palabra y el hombre”*, Xalapa, México, 1968, pág. 133.

Ángela Cleffi.² Su infancia transcurrió sin sobresaltos, primero en el barrio de La Aguada y luego en el Centro, gozando de la tranquilidad que le brindaba la holgada situación familiar producto de que su padre se desempeñaba como gerente de una barraca de frutos del país.

Gracias a esto, concurrió al Liceo Francés, donde hizo toda la primaria y parte de la secundaria. Luego, cursó cuarto año en el Liceo Dámaso Antonio Larrañaga y “preparatorios” en el Instituto Alfredo Vázquez Acevedo (IAVA).

En el Liceo Francés, su camino se cruzó por primera vez con el de Manuel Flores Mora (1923-1985), amigo y compañero de ruta, y el de Emir Rodríguez Monegal (1921-1985), crítico y *antagonista*.

Con relación a *Maneco*, cuenta el propio Maggi que se conocieron en sexto año de escuela.³

*“A mí se me ocurrió hacer un «diario mural», una cosa que hacíamos en la Asociación Cristiana de Jóvenes. Puse una cartulina en el fondo del salón, escrita a mano por mí, con comentarios con humor de todo lo que pasaba en la clase. El profesor, que tenía mucho sentido del humor, se divertía, aunque también me burlaba de él. Maneco, a quien yo no conocía porque era nuevo, hizo al lado otro panel, el de él (ojo) escrito a máquina (yo no sabía) y cuyo título era «En voz baja sobre el Nilo» y refería a lo que pasaba en las Guerras Médicas, pero con los personajes de la clase. Bueno, una cosa ya con segundo grado de elaboración. Cuando lo leí quedé impresionado... Y bueno, terminamos amigos. A fin de año fuimos a dar el examen de ingreso al Zorrilla, obligatorio para los que iban a la enseñanza privada”.*⁴

Poco después, ya inseparables, se integrarían a la barra del café *Metro*, donde paraba un grupo de jóvenes que hacía sus primeras armas en el mundo de las letras, sus futuros compañeros de *generación*⁵, y ocasionalmente dos escritores ya consagrados, que concitaron su admiración desde ese entonces y para siempre: Francisco *Paco* Espínola (1901-1973) y Juan Carlos Onetti (1909-1994).

Corría 1942, año que marcaría un antes y un después en la trayectoria intelectual de Carlos Maggi.

Por un lado, conquistó el primer premio del concurso literario organizado por el Centro de Estudiantes de Derecho, en el que uno de los

² Su hermana mayor, María Telma, nació en 1912 y falleció a los doce años como consecuencia de una infección pulmonar, y su otra hermana, Ada Marta, *Chichita*, nació en 1916 y vivió hasta los 94 años.

³ En este aspecto no todas sus versiones son coincidentes. En la entrevista que le realizara Pablo Rocca para *“El 45: Entrevistas y testimonios”*, publicada en 2004, Maggi señala que se conocieron en tercer año de escuela primaria.

⁴ Entrevista de Ana Inés Larre Borges a Carlos Maggi: *“Un intelectual muy particular”*, en *Semanario Brecha*, 29 de abril de 2015.

La denominación generación del 45 fue acuñada por el Emir Rodríguez Monegal para referirse a la pléyade de escritores que descollaron entre fines de los años cuarenta y principios de los cincuenta del siglo pasado en nuestro medio.

jurados fue precisamente Espínola⁶; y, por otro, *Marcha* empezó a publicar sus cuentos, “entre realistas y sobrerrealistas, inesperados y hasta caprichosos en sus títulos” (Rodríguez Monegal dixit). Al mismo tiempo, editó junto a Flores Mora, Rubén Larra y Leopoldo Novoa de María una revista cultural de efímera existencia llamada *Ápex* (“dos números, casi invisibles, impresos en papel estraza”) en la que colaboraron entre otros el pintor Joaquín Torres García (1874-1949) y el escritor Juan José Morosoli (1888-1957); y, también en sociedad con su amigo *Maneco*, obtuvo el “*Gran premio Presidencia de la República*” del “*Concurso Histórico Estudiantil*” organizado por las autoridades de la Educación de la época gracias a un estudio titulado “*José Artigas, primer estadista de la revolución*”, su primera aproximación al prócer y las circunstancias que lo rodearon.

Artigas, el estadista.

Pese a que ninguno de los dos era especialista en el tema, decidieron afrontar el reto. Para ello, contaron con la ayuda de los historiadores Eugenio Petit Muñoz (1896-1977) y Edmundo Narancio (1916-2001), quienes les acercaron documentos y alguna que otra sugerencia.

El proyecto abarcó cerca de seis meses de trabajo y el resultado no pudo ser más exitoso: no sólo ganaron el concurso, sino que además la obra fue editada por la imprenta *Mosca Hnos.* y sus ejemplares distribuidos en los centros de enseñanza de todo el país.

Y eso no fue todo. “*Después de ganar un concurso con aquel ensayo, hubo otro concurso en el SODRE para hacer 20 episodios de una serie que se llamaba «Artigas» y lo volvimos a ganar*”, recordaría el autor. En este caso, el premio era económico y ascendió a cinco mil pesos de la época.

Más aún: tres años después, y a raíz de aquel trabajo pródigo en sorpresas y oportunidades, ambos fueron contratados como *ayudantes de investigación* del *Archivo Artigas*⁷ y les asignaron la misión de copiar documentos en Buenos Aires, donde se instalaron en “*una pieza de mala muerte en Maipú y Corrientes, al lado del Teatro Maipo*”⁸, lo que les permitió ahondar en su estudio y trazar nuevas líneas de investigación.

La llave que abrió todas esas puertas fue un estudio breve y riguroso, en el que la dupla describe la conversión de Artigas de caudillo popular en estadista, fenómeno que sitúan entre la *Redota* (Éxodo) de 1811 y la concreción de parte de su ideario en un puñado de documentos

⁶ “Yo presenté una novela que se llamaba «El gorro verde» y gané el primer premio. Esa novela la leyó Rodríguez Monegal en aquel entonces y me recomendó que no la publicara, en lo que tenía razón”, en Rocca, Pablo: “El 45: Entrevistas y testimonios”, Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo, 2004, pág. 55.

⁷ El *Archivo Artigas* fue creado por la Ley N.º 10.491 del 13 de junio de 1944, por iniciativa del senador nacionalista Gustavo Gallinal (1889-1951), con el propósito de reunir todos los documentos históricos relacionados con la vida pública y privada de José Artigas.

⁸ Rocca, Pablo; Op. Cit. pág. 57

fundamentales, entre los que destacan especialmente las *Instrucciones del Año XIII*.

Así, subrayan con lenguaje claro y didáctico la doble condición del prócer: la de jefe indiscutido de los orientales y la de máximo inspirador y defensor de las ideas de federación, república y justicia en favor de los sectores más desfavorecidos de la sociedad (negros, gauchos e indios).

Asimismo, analizan las influencias que se advierten en la redacción de las *Instrucciones*, y en contra de la creencia extendida de que eran una mera copia de la *Constitución de Massachusetts* de 1780, consignan que “sólo 44 de los 64 artículos son de indudable procedencia norteamericana” y el resto son de origen español.

En esa línea, destacan la influencia del pensamiento del político y filósofo Thomas Paine (1737-1809), uno de los *padres fundadores* de los Estados Unidos, a través de la publicación del venezolano Manuel García de Sena titulada “*La independencia de Costa Firme justificada por Thomas Paine treinta años ha*”, editada en 1811; así como la del naturalista español Félix de Azara (1742-1821) y de las viejas tradiciones políticas de origen hispano.

Con esta obra nació el deslumbramiento por la figura de Artigas que ambos compartirían a lo largo de sus vidas, y que, en el caso de Maggi, se transformó en una verdadera constante (“*es un tema que me sigue, que me gusta*”⁹), como lo fue en otro plano su preocupación por las causas y manifestaciones del *atraso nacional*, presente en su producción ensayística, humorística y teatral.

El Artigas de *El País*.

Poco después, con motivo de cumplirse el primer centenario de la muerte del prócer, el diario *El País* publicó una edición homenaje, titulado escuetamente *Artigas*, bajo la dirección de un viejo conocido, Edmundo Narancio, en el que colaboraron, entre otros, el propio Maggi y su amigo *Maneco*, pero en esta oportunidad por separado.¹⁰

En la primera de sus dos colaboraciones para esa publicación, Maggi describirá la realidad de la Banda Oriental a fines del siglo XVIII y comienzos del XIX, reparando en sus características económicas y sociales; y, en la segunda, reivindicará el nombre *redota*¹¹ dado por los paisanos a la

⁹ Entrevista de Gabriela Gómez y José Gabriel Lagos a Carlos Maggi, en *ladiaría*, 11 de enero de 2013.

¹⁰ Además de Maggi y Flores Mora, colaboraron Eugenio Petit Muñoz, José María Traibel, Edmundo Favaro, Facundo A. Ares, María Julia Ardao, Agustín Beraza, Aurora Capillas de Castellanos, Daniel Hammerly Dupuy, M. Blanca París, Héctor Gross Espiell, Oscar Antúnez Olivera y Querandy Cabrera Piñón.

¹¹ “*Redota (derrota) es a la vez, el camino, la huida y el estar vencidos, comprende en su significación la amargura, la contrariedad, la impotencia, el sacrificio; menta, pues, el exacto estado en que se hallaban los orientales. Es por otra parte una palabra rústica y expresivamente criolla, analfabeta y gaucha; es una expresión única, propia, para designar un hecho que no tiene iguales. Y por sobre todo, es como ‘clasificaron los paisanos’ aquello que hicieron y debe respetarse el derecho de quienes realizan algo grande, para llamarlo según su gusto y manera*”, en *Artigas*, Ediciones de *El País*, segunda edición, Montevideo, 1960, pág. 55.

emigración de la que fueron protagonistas en contraposición de *éxodo*, término de reminiscencias bíblicas acuñado por el historiador Clemente Leoncio Fregeiro (1853-1923) a fines del siglo XIX.

Allí, se abocará a la cuádruple tarea de establecer sus causas inmediatas, enfatizar la *espontaneidad* de ese movimiento, describir los aspectos generales del pueblo movilizado y a desarrollar la teoría de la revolución oriental y el nacimiento de nuestro Estado, que se originan con este *éxodo*.¹²

Vale agregar que esta publicación colectiva, al igual que la anterior, tuvo una considerable repercusión popular, lo que hizo que el nombre del autor se asentara tempranamente como un referente destacado en el tema de Artigas y el artiguismo.

El viejito Artigas.

Para ese entonces, la atracción que despertaba en Maggi la figura del prócer y su derrotero histórico era indisimulable.

En una carta dirigida a sus amigos y compañeros de *generación*, José Pedro Díaz (1921-2006) y Amanda Berenguer (1921-2010), fechada el 4 de setiembre de 1950, da cuenta -en clave teatral- de su *enamoramiento* por “*el viejito Artigas*”:

“Es el hombre que quiere hacer algo bueno y grande por los demás y al cual se le dice que eso será su ruina, pero que sin importarle gasta una energía feroz en ese trabajo y que por fin cuando logra lo que se ha propuesto, es aniquilado por lo mismo que se le vaticinara. Él se retira, o mejor, es deshecho, pero su obra -su energía y su generosidad- fueron tan poderosas que al mismo tiempo que él se hunde en la derrota, su aspiración se concreta y empieza a vivir para siempre, como algo vivo y real para muchas personas. (1er acto es cuando la invasión portuguesa – 1811 – Él no se somete a dejar el sitio, abandonando a los orientales. Con palos, con las uñas, con los dientes, se decide a seguir la guerra; como el pueblo lo husmea, lo reconoce oscuramente como al Protector, lo sigue en masa y sobreviene una emigración, donde todos se arrancan de sus casas y las queman y se van a pie, o a caballo o en carretas tras de él. 2do. acto Ha triunfado y es el protector de seis provincias; quienes le han vaticinado la derrota, la invasión arrasadora de los portugueses, le vuelven a predecir el desastre y le piden que pacte con Buenos Aires, aun renunciando a algo, para poder así consolidar el triunfo actual. Él dice que prefiere perderlo todo si no consigue aquello por lo cual ha peleado, y Buenos Aires desata la 2ª. Invasión portuguesa. 3er. Acto. Se confirma la ruina. Los portugueses barren la Banda

¹² Casi medio siglo después, en los umbrales del sesquicentenario de la muerte del prócer, el diario *El País* quiso actualizar aquel trabajo señero y encomendó ese proyecto a la historiadora Ana Ribeiro, que dio vida a “*Los tiempos de Artigas*” (1999), del que Maggi fue una suerte de “*tutor*”.

Oriental a fuego. Él es arrojado al Paraguay, después de cien derrotas, las últimas sin esperanza. Paralelamente, otros que han recogido su idea -aunque no la comprenden ni la sienten- la hacen marchar y triunfan sobre Buenos Aires. Son estos los que lo persiguen y lo deshacen hasta hundirlo en el destierro. Ahí queda él como alelado, sabiendo que ha triunfado y sin interesarse ya por nada, porque sus diez años de lucha lo han quemado íntegramente. En ese estado tiene la paz, la felicidad verdadera porque ya nada le importa. Es como dios, está más allá del bien y del mal y de todos los intereses. Las criaturas por las cuales superó el martirio gozan del beneficio de su amargura y él va madurando hasta hacerse, despacito, inmortal.) Todo escrito en el tono más grande que yo pueda escribir, como teatro griego, sin un asomo de realismo. Lo curioso es que es absolutamente histórico. (...) El solo contarle me entusiasma hasta ponerme carne de gallina. Dudo haber sentido nada con tanta intensidad, en literatura. Sé, además, que nunca podré concebir un personaje, imaginarlo con la grandeza que tuvo el viejito Artigas. Me da miedo ponerme a escribir esto, porque si no lo saco no sé para qué voy a seguir escribiendo. En fin, tendré que pensar como él que la energía es el recurso de las almas grandes y tendré que decirle a mi pluma que me siga en la seguridad de que yo jamás cederé. Pero de repente pienso que hay que ser como él para poder escribir esto y me viene un arranque de pesimismo. En resumen: leo Esquilo, paciencia y mala intención hasta agarrar la literatura dormida y echármele encima y poseerla como a una virgen. Por ahora me dice que no".¹³

Arrobado por la figura del prócer ("*me entusiasma hasta ponerme carne de gallina*"), Maggi descubrirá en él un *personaje* insuperable al que le prestará su *pluma* para dar a conocer su *grandeza*, y a esa tarea se abocará en forma incansable hasta casi sus últimos días.

Mario Benedetti, analizando su *impronta*, destacará que "*se enfrenta porfiadamente a las cosas y los seres y sólo accede a dejarlos tranquilos cuando les ha extraído un significado imprevisto, revelador. Maggi es, antes que nada, un intuitivo. Pero después que su intuición registra la presencia o la ausencia de algo, pone el descubrimiento al servicio de un estilo directo, programado, a sabiendas*"¹⁴.

Y así lo hizo.

Artigas, el Caciquillo y el Lejano Norte.

Emir Rodríguez Monegal, en su obra *Literatura Uruguaya del medio siglo*, señala que Carlos Maggi "*fue de los primeros en empezar aquí muchas cosas*", entre ellas, "*el ensayo histórico de tipo revisionista*"¹⁵, que, agrego,

¹³ Debo el conocimiento de esta carta al crítico literario e investigador de la Biblioteca Nacional Alfredo Alzugarat.

¹⁴ Benedetti, Mario; Op. Cit. págs. 137 y 138

¹⁵ Rodríguez Monegal, Emir: "*Literatura uruguaya de medio siglo*", Editorial Alfa, Montevideo, 1966, pág. 348.

empleará como catapulta para saltar sobre lo que él llamó *historia en uso*, e instalar sus tesis en el corazón mismo de la opinión pública, sin reparar mayormente en las consecuencias que esto pudiese generarle.

Así lo hará con el siglo XIX, con los “*años dorados*” del batllismo y en especial con Artigas y el artiguismo.

En los años ochenta, siendo columnista del programa radial *Revista Sarandí*, creado por Jorge Nelson Mullins y conducido por Lil Bettina Chouy, se encargó de dar a conocer sus inquietudes y descubrimientos en torno al prócer, su relación con los charrúas y *el Caciquillo*, quien, sostenía, era su hijo.

En los noventa, armado de documentos recabados en el *Archivo Artigas*, que dominaba con solvencia, volverá a la carga sobre esos tópicos, despertando encendidas polémicas, que no sólo no rehuyó, sino que pareció disfrutar y hasta en cierto modo provocar. Rebelde por antonomasia, parecía concebir la *polémica* como el llamador imprescindible para que un intelectual como él, ávido de ojos y oídos atentos, pudiese abrir senderos nuevos para el conocimiento y la reflexión.

Sus tesis son claras, y volverá sobre ellas una y otra vez: 1) Artigas transitó parte de su juventud entre los charrúas en *El Lejano Norte*, donde fue adoptado y reeducado por ellos; 2) en ese período tuvo un hijo, fruto de su unión con una charrúa, *el Caciquillo*; 3) estos hechos marcaron la vida del caudillo, y no puede comprenderse el *ciclo artiguista* si no es a la luz de esa *alianza* entre el caudillo y los indígenas.

Con “*Artigas y su hijo el caciquillo. El mundo pensado desde el Lejano Norte o las 300 pruebas contra la historia en uso*”, publicado en 1991, procurará mostrar “*que el aliado del jefe de los orientales fue el Caciquillo, su hijo predilecto, un indio pálido a quien siguieron las tribus charrúas y minuanes*”¹⁶, y que “*la clave de Artigas se llama: Arerunguá*”.¹⁷

Para Maggi, el vínculo filial entre Artigas y *el Caciquillo* (Manuel o José Manuel Artigas), un cacique respetado entre los indios y buen soldado durante la gesta revolucionaria, se sostiene fundamentalmente en un documento no publicado por el *Archivo Artigas*, en el cual el prócer le escribe una misiva que finaliza con la rúbrica: “*tu padre, Artigas*”.¹⁸

“En la primavera de 1945, yo tenía 23 años y estaba con Maneco Flores Mora, en Buenos Aires, trabajando como ayudante de investigador del Archivo Artigas. Edmundo Narancio, que era el jefe de misión, encontró

¹⁶ Maggi, Carlos: “*Artigas y su hijo el Caciquillo. El mundo pensado desde el Lejano Norte o las 300 pruebas contra la historia en uso*”, Editorial Fin de Siglo, Montevideo, 1991, pág. 17

¹⁷ Se refiere a la zona del arroyo Arerunguá, cercana al Daymán y al Arapey, donde se localizaban tolderías charrúas.

¹⁸ “*Hay una carta inequívoca en la que él le dice «tu padre Artigas». Los historiadores dicen que no quiere decir eso literalmente, pero la carta es auténtica y no dice nada más. no es que ‘te quiero contar tal cosa’; lo que dice es «tú sabés lo que yo pienso de ti, tus condiciones, etcétera, y el mundo nos va a ver siempre unidos porque tal cosa y tal otra; tu padre Artigas». Para mí es un pasaporte, un salvoconducto. El Caciquillo no sabía leer, aunque hablaba un español perfecto, de modo que cuando Artigas quiere comunicarse con él tiene que decirles a otros: «Díganle al Caciquillo tal cosa», porque no le podía enviar una carta*”, en *ladiaria*, Op.Cit.

entonces una carta de Artigas, absolutamente extraordinaria, que hicimos microfilmear y remitimos a Montevideo. Esa carta, dirigida a un indio charrúa que hablaba español pero que no sabía leer (setiembre de 1812) dice: «Cuando tengo el gusto de hablar al noble cacique don Manuel Artigas, lo hago con toda la satisfacción que me inspiran sus dignos pensamientos. Yo estoy seguro de estar siempre en vos, así como vos debés siempre contar conmigo. Nada habrá capaz de dividir nuestra unión y cuando los enemigos se presenten al ataque, nos verá el mundo ostentar nuestra amistad y la confianza que mantenemos. Yo estoy convencido de tus buenos sentimientos; por ellos y por las demás condiciones que te adornan, será siempre un amigo tuyo y de los que te siguen, tu padre, Artigas». En su formidable libro «La independencia del Uruguay», Narancio agrega esta nota que, asombrosamente, no ha despertado la menor reacción: « Por razones que ignoramos, en el Archivo Artigas, tomo décimo, pp.185-186, se publica el documento de (Baltasar) Vargas a Sarratea remitiendo copia del texto citado, pero se omite la carta de Artigas al cacique indio, de obvio interés». Parecería que nuestra historia oficial no quiere indios metidos en la revolución, y los borra”.¹⁹

A su juicio, esa rúbrica demuestra que *el Caciquillo* era efectivamente hijo natural de Artigas y que fue engendrado en la época en la que éste convivió con los charrúas como uno más de ellos. En sentido opuesto, hay quienes sostienen que esa rúbrica era una fórmula de uso en esa época y que no representa por tanto prueba suficiente (y menos aún definitiva) del parentesco entre ambos.

En el prólogo de *“Artigas y su hijo el Caciquillo”*, su amigo, el abogado e historiador José Claudio Williman (1925-2006), reconoce que su planteo está *“seriamente fundado”* y le da la *“razón”* cuando muestra que los años en los que Artigas estuvo en contacto con las tribus charrúas *“proyectan una increíble luz”* sobre *“el carácter y estilo de vida”* del prócer, así como sus *“especiales relaciones”* con integrantes de esa etnia a partir del estallido revolucionario.

Sin embargo, le afea, que, aun no siendo historiador, caiga *“en el frecuente pecado de los historiadores, cuando vuelcan su estima en un personaje en forma excluyente”*, al punto de invisibilizar la importancia de los guaraníes en este proceso (mucho más numerosos que los charrúas por ese entonces) y de no reparar debidamente en la figura de *Andresito* Artigas, adoptado por el caudillo y nombrado por él, primero gobernador de las Misiones y luego de Corrientes.

¹⁹ Maggi, Carlos: *“Un héroe llamado Caciquillo”*, *El País*, 9 de enero de 1994.

Asimismo, y en ejercicio de una amistad que continuó hasta la muerte de *Claudito* en 2006²⁰, le reprocha que no se someta al “*método histórico*”, presentando hechos y documentos sin atenerse a su orden cronológico, y que “*presuma*” intenciones y episodios sin el necesario respaldo documental, aunque destaca –en una crítica que entraña al mismo tiempo un elogio- su “*capacidad intelectualmente creadora, que él ha depositado fundamentalmente en la literatura, pero sin la cual esta obra sería imposible; hay creación en la estupenda forma literaria, pero hay creación también en su contenido*”.

Muchos de los cuestionamientos que recibirán ésta y sus futuras investigaciones harán pie justamente en las mismas premisas que apuntaba Williman, y en especial en su manejo de las fuentes.

Por ejemplo, el historiador duraznense Oscar Padrón Favre, en “*Artigas y los charrúas. Refutación a «Artigas y su hijo El Caciquillo»*”, objetará documentadamente las tesis de Maggi, reprochándole su “*declarado desdén por toda evidencia que pueda enfrentar su tesis*”, y le espetará que “*la Literatura no es lo mismo que la Historia*” y que “*tal vez se necesite de más talento para realizar la primera, pero eso no quiere decir que la segunda pueda construirse de cualquier manera*”.²¹

Paralelamente, tanto desde sus ensayos históricos como desde sus columnas de prensa, Carlos Maggi interpelará sostenida y sistemáticamente a los historiadores tradicionales (“*los estudiosos mejor enterados*”), reprochándoles su ninguneo de la figura del *Caciquillo* y de esa *otra historia* que se empeñó en reivindicar y dar a conocer.

“Hay verdades de a puño que no caben dentro de la «sociedad homogénea» que los uruguayos decretaron; en consecuencia, la historia necesita que esos hechos, no hayan sucedido; y los borra, querida o subconscientemente. No es fácil desterrar el planteamiento racional que impone la enseñanza oficial: la Leyenda Patria, la Epopeya de Artigas, Bauzá, H.D.; Eduardo Acevedo y sus seguidores. ¡Es tan hermoso y tan halagüeño! ¡Cierra tan bien! ¡Es tan civilizado!”.²²

Si antes, parafraseando nuevamente a Rodríguez Monegal, Maggi “*tenía la dureza del que cree que todos los demás van en coche y sólo él anda a pie*”, ahora, por el contrario, exhibirá *la del que cree que todos los demás van a pie y sólo él anda en coche*.

En su siguiente libro, “*Artigas en el Lejano Norte. Refutación de la historia patria*”, de 1999, vuelve a la carga. No sólo quiere demostrar sus tesis sino enrostrar a la historiografía tradicional su “*indiferencia*” ante las “*300 pruebas*”

²⁰ Durante varios años compartieron “*La Tertulia de los Viernes*”, en Radio *El Espectador*, donde afianzaron su amistad; concedieron entrevistas juntos y hasta se prestaron para un libro de conversaciones, escrito por César di Candia, “*Tiempos de tolerancia, tiempos de ira*”, publicado por Editorial Fin de Siglo en 2005.

²¹ Padrón Favre, Oscar: “*Artigas y los charrúas. Refutación a «Artigas y su hijo El Caciquillo»*” en “*Los charrúas-minuanes en su etapa final*”, Editorial Tierra Adentro, Tercera Edición, Durazno, 2011, págs. 120 y 121.

²² Maggi, Carlos: “*El Pampa contra H.D.*”, *El País*, 17 de enero de 1999.

del vínculo entre Artigas y los charrúas. Destaca una vez más que la gesta artiguista resulta incomprensible si no se tiene en cuenta ese vínculo y busca una explicación acerca de ese supuesto ocultamiento en el temor que había a estos “salvajes”.

En la introducción a la segunda parte de este trabajo, parece responder a sus críticos y al mismo tiempo justificar su enfoque del pasado:

*“La historiografía científica, que ordena hechos probados, los abstrae de la totalidad y sobre ellos traza un sentido como quien dibuja constelaciones sobre el cielo, uniendo estrellas innegables. Con este método, algunos historiadores eligen secuencias referidas a los grandes ideales del hombre; otros, a sus necesidades materiales y su afán de lucro; y así describen y descubren -a veces- verdades perfectas. Pero eso no quiere decir que, para ese mismo tiempo y en ese determinado lugar, no puedan seleccionarse y tramarse otros sucesos igualmente reales, más próximos a la vida real de las personas, cuya presentación permite entender o sentir de otro modo el pasado, cuyas capas pueden contarse”.*²³

Un año después, en 2000, publica “*La Guerra de Baltar*”, en la que cambia de género, pero no de tema. Apela a la ficción para recrear en forma novelada el derrotero de Artigas en la Banda Oriental, a través de los ojos de Baltar Ojeda, militar paraguayo y hombre de confianza del prócer, quien relata una sucesión de episodios en los que se perfilan las figuras del propio Artigas y el *Caciquillo*.

En 2005, publica “*La Nueva Historia de Artigas*”, con el sugestivo subtítulo “*lo que no te enseñaron en la escuela*”. Allí, comienza por advertir al lector de la existencia de “*una historia nueva*”, a contrapelo de la *Historia Patria* (la tradicional, la de los libros de escuela y de liceo), y que los ocho tomos en los que desplegará sus argumentos “*reviven por primera vez personas y hechos que fueron suprimidos y sin los cuales nuestro pasado se torna incomprensible*”, ya que, a su juicio, “*la supresión del Caciquillo es un entuerto que linda con el ridículo*”.²⁴

Eficaz en la construcción de analogías coloquiales, explica y se confiesa:

“Investigar una verdad histórica se parece a una de misterio: poco a poco se va develando morosamente la trama escondida, los motivos y el modus operandi. Y ese es el caso: vi cómo poquito a poco revivía el Caciquillo, fui

²³ Maggi, Carlos: “*Artigas y El Lejano Norte*”, Montevideo, Editorial Fin de Siglo, 2006, pág. 79

²⁴ Maggi, Carlos: “*La Nueva Historia de Artigas. Lo que no te enseñaron en la escuela*”, Tomo 1, Ediciones de La Plaza, Montevideo, 2005, pág. 7.

la descubriendo y armando el puzzle de su biografía, mientras avanzaba con la linterna de Sherlock Holmes, por las páginas del Archivo Artigas”.²⁵

Por eso, según él, hay una *nueva historia* a la que es preciso prestar atención; “*porque apareció un personaje real, de carne y hueso, que los profesores no tomaron en cuenta, pero el Caciquillo está ahí y no puede ser borrado*”.²⁶

Al final, Artigas.

En 2014, publicará “*El libro de Artigas*”, su última incursión en el tema. En él, retomará una línea que había desarrollado en “*José Artigas. Primer estadista de la revolución*”, siete décadas atrás, centrándose en el documento que a su juicio más influyó en la definición del pensamiento artiguista: “*La independencia de la Tierra Firme justificada por Thomas Paine treinta años ha*”.

Curiosamente, el destino quiso que las puntas de su larga y apasionada indagación en torno al prócer se toquen, cerrando en círculo su recorrido vital.

Carlos Maggi murió el 15 de mayo de 2015, a la edad de 93 años, mientras se aprontaba para asistir a su habitual cita de los viernes, en la *tertulia* de Radio *El Espectador*.

A diferencia de muchos historiadores profesionales y no pocos aficionados volcados al estudio del pasado, Maggi logró penetrar en el imaginario popular, sembrando preguntas, hipótesis y polémicas que le sobreviven. O, dicho de otra manera: que *su Artigas*, no fuera sólo suyo.

²⁵ Maggi, Carlos: Op. Cit., pág. 8.

²⁶ Maggi, Carlos: Op. Cit., pág. 6.